

De una situación en que los militares eran protagonistas se está pasando a otra en la que son simples ciudadanos uniformados mudos. En ocasiones, los militares han sido adulados; en otras, de la noche a la mañana, despreciados. Miremos de una vez a nuestros ejércitos como lo que deben ser y no como estabilizadores del ordenamiento político.

La cortina de humo militar

José Antonio Carpintero (*)

Periódicamente, los medios de comunicación son lanzados al alegre deporte de especular sobre «extraños movimientos en las unidades», reunión de altos mandos militares en la Capitanía General de... Si a estas especulaciones sumamos la constante histórica de la llamada del pueblo español a la puerta de los cuarteles en busca de la paz ciudadana perdida, con esperanza y miedo repartidos al cincuenta por ciento, nos colocamos al borde del abismo: el golpe de Estado.

Esta cortina de humo hace daño a la sociedad en general y a las Fuerzas Armadas en particular. ¿Quién la lanza? ¿Por qué? Dos preguntas con múltiples respuestas pero con un responsable que destaca, en el inicio del rumor, sobre todos los demás: la clase política. Su impotencia le lleva a esconderse detrás de esa «serpiente de todas las estaciones» que cree asusta a los ciudadanos.

Los ejércitos están, sin desearlo, en medio de las grandes opciones políticas de nuestros días. Lo dicho sirve para el Este y el Oeste. La realidad, y sobre todo la realidad española, es que están «sitiados» por unas izquierdas incapaces de asimilar que el número de militares que les darán sus votos serán proporcionalmente igual al que reciban del resto de los ciudadanos del país. Al otro lado las derechas, las cuales siguen teniendo en su mente la imagen de un militar que ya no existe.

Sería importantísimo que

ambos grupos se diesen cuenta de que el militar es ya poco susceptible a la demagogia. Que las bellas palabras, solas y sin que les acompañen hechos, no les sirven.

Determinados grupos parecen ignorar que si sistemáticamente se ataca a una institución tachándola de antidemocrática, por ejemplo, y los antidemócratas, en contrapartida, la halagan, acabarán convirtiéndose, por mero acto de autodefensa, a los miembros de esa institución en no demócratas.

Acabar la norma

Aquellos que, desde un grupo y otro, lanzan el «humo», parecen ignorar que el militar conoce como nadie el valor de las conductas sometidas a normas. Sin estas, su profesión pasa de ser lo que tan bellamente definió Calderón a una banda armada. Se le educa y se educa en el respeto a las leyes. ¡Cuánto le cuesta el incumplimiento de alguna de ellas! Sabe como nadie que su principio y fin está en la existencia del Estado en su sentido pleno y para que éste exista son imprescindibles unas leyes que acepten, al menos, la mayoría de los ciudadanos.

Un error que está cometiendo Occidente es laborar y vivir su presente, ya que el futuro no parece importarle, sin educar y escuchar políticamente a sus soldados. Pretende convertirlos en una especie de mercenarios que no piensen ni opi-

nen. Les prohíbe hasta manifestar su opinión sin darse cuenta de que si en un momento dado deciden hacer oír su voz, legalmente silenciada, todo el complicado entramado político en que se mueve nuestra sociedad duraría lo que tardase en llegar un carro a las puertas del Parlamento. De militares protagonistas se está pasando a ciudadanos uniformados mudos.

Al ratificar el convenio para la protección de los Derechos Humanos y de las Libertades Fundamentales, pocos han sido los países que no han caído en la tentación de hacer uso de las Reservas que admite el artículo 64 para imponer limitaciones a sus soldados, las cuales, a mi juicio, intentan evitar abusos existentes en el pasado y que sin embargo hipotecan el desarrollo de un nuevo tipo de militar: el del presente y el del futuro.

Ese apoliticismo de que hacen gala muchas de nuestras más señeras figuras de las letras, las ciencias, la milicia, las artes... ¿no será comodidad e intento de no hipotecar su promoción profesional? En demasiadas ocasiones se ha intentado explicar lo que el vocablo política significa. Ninguna definición ha alcanzado el éxito apetecido.

Política no es nada y... es todo.

En nuestra corta historia como Estado, aunque seamos un viejo país, pocas veces nuestra organización política ha sido seria. Esta escasa seriedad se tradujo, demasiadas veces, en chabacanería hacia los ejérci-

tos. Se pasó de la adulación al desprecio sin lograr encontrar el tratamiento adecuado a esa importantísima parte del Estado.

Abandono tradicional

Nuestras Fuerzas Armadas padecen un abandono endémico. Nadie con autoridad para lograr un mínimo de éxito se ha atrevido a llevar sus problemas a la opinión pública. Tan sólo se han escuchado las estereotipadas frases de unos y la crítica destructiva de otros. Jamás se habla del potencial hélico de España pensando en la posible necesidad de usarlo para defenderla. La pregunta clave sería: ¿Qué Ejército tenemos? Su respuesta nos colocaría en la antesala de otra clara y concreta: ¿Qué Fuerzas Armadas necesitamos? ¿Cómo lograrlas?

Miremos, de una vez por todas, a nuestros ejércitos como lo que deben ser y no como estabilizadores o desestabilizadores del ordenamiento político.

Admitamos como axioma que el ordenamiento del Estado deberá ser señalado en cada momento por las urnas, urnas que han de reflejar perfectamente los verdaderos deseos de los votantes.

No parece vano recalcar que el imperio de las Leyes y Reglamentos en ningún otro grupo social es tan absoluto.

Durante años se ha pensado en el Ejército como dique en que se estrellasen los avances sociales. Algo así como una fuerza perfectamente organizada que oponer a las masas reivindicadoras de un nuevo orden. Se le usó más como amenaza a emplear que como elemento actuante.

La credibilidad de esta amenaza venía avalada por la presencia de un gran número de individuos procedentes de las clases altas entre los cuadros de mando.

Hoy, los profesionales de las Fuerzas Armadas proceden de todo el espectro social. La tropa es fiel reflejo, no cabe la menor duda, de la sociedad en que vivimos.

Todos deseamos una España más justa. Los militares no son excepción. Saben que su fin es defender a España y a los españoles y de ninguna forma desean ser parte beligerante que los enfrente.

(*) Capitán de Ingenieros.

